

La Bancarrota del Capitalismo y el desconcierto de la clase gobernante

Las verdaderas causas de la crisis

Es indiscutible que nuestra burguesía sufre en estos momentos el mayor de los desconciertos ante la crisis económica social que confronta el país junto con el resto del mundo capitalista. Para los que estamos en posesión de una doctrina científica que nos pone en contacto con la entraña misma de los fenómenos sociales, las actuaciones de los defensores del régimen capitalista nos resultan perfectamente infantiles y ridículas. Estos "señores", apegados a doctrinas en abierta bancarrota, nos dan la impresión de la ostra aferrada a la concha carcomida que arrastra la corriente. Ya en acción, nos recuerdan el cuento del ciego que en el colmo de la desesperación descargaba locamente mandobles a diestra y siniestra.

Hay que oírlos opinando sobre las causas de la crisis. En este punto fundamental es donde mayor relieve toma su desorientación. Ya desde los banquetes del Congreso o bien desde las columnas de la prensa, unos han situado esas causas "en la desconfianza del capital", o en aspectos determinados del mecanismo del crédito; otros en las oscilaciones del cambio; don Víctor Guardia en el hecho de que durante varios años el tipo de interés corriente en el país haya sido el uno por ciento; el papelucho ese que por sarcasmo llaman "Vanguardia", en "el hecho de considerarse cada servidor público, no como sirviente que vela por lo ajeno, sino como propietario de lo ajeno para hacer de ello lo que se le antoja"; el Lic. Fournier Quiros, en las deficiencias de la educación nacional; otros en el incremento del lujo; otros en las manchas del sol; y muchos hasta en el dedo índice de San Juan. Cada uno emite su opinión en tono doctoral, con las gafas caladas y a golpes de redoblante. Naturalmente, a cada opinión de esas corresponde una solución diferente, y ahí es donde comienza el caos.

Pero ese desconcierto, esa anarquía del pensamiento burgués, es de última hora. En un comienzo hubo optimismo en la clase gobernante. Siempre se proclamó a voz en cuello que el resurgimiento estaba a las puertas y se adoptaron en abundancia medidas de estructura netamente capitalista. El Partido Comunista sonreía ante esos alardes y no cesaba de indicar a los trabajadores la realidad de las cosas. Al cabo de unos cuantos meses el arsenal de formulitas de "Flora" y de otros "economistas" se agotó sin que el esperado resurgimiento se presentara. Y a los pontífices de la economía capitalista les ocurrió lo del famoso jinete aquél que en un momento inesperado salió de su cabalgadura por el rabo, y mientras daba vueltas en el aire, decía que el caballo no lo había botado; que simplemente se le había acabado el caballo. Los pontífices sostienen que su querida ciencia no ha fracasado; que lo que ocurre es que se les ha terminado. Y claro, ahora se han dada a la búsqueda desesperada de fórmulas en todos los lugares. Se camina indistintamente hacia el Norte, hacia el Sur, hacia el Este o hacia el Oeste; las brújulas ya no sirven de nada. Cuando menos lo esperamos, nos resulta un empedernido reaccionario haciéndonos timidamente cosquillas al pulpo capitalista que a veces sonríe y a veces enseña los colmillos; o nos resulta un flamante revolucionario afiliándole los colmillos a ese mismo pulpo. Un día

de tantos aparece un monseñor en el Congreso con una pila de leyes en las manos las cuales según afirma contienen la solución completa del problema. Sus compañeros lo aplauden hasta reventar y cantan loas a las fórmulas geniales. En estas labores se consume un montón de días, y cuando el triunfo del monseñor parece asegurado, viene una orden de un cacique para su rebaño, unas cuantas regañadas de potentados y de escritorzuelos a su servicio para todos, y las leyes son llevadas muy ceremoniosamente, en medio de las alabanzas generales, al cajón de las basuras. En fin, que ninguno sabe qué es lo que hace, cómo lo hace, ni por qué lo hace. Al fin de cuentas lo que sí saben todos es afilar sus respectivas hachas en el mollejo de la crisis. ¿Sabrán también para qué pueden servir esas hachas aparte del destino que ellos les dan?

Lo dicho es un bosquejo breve del desconcierto burgués en su parte formal. En esta nota, nos proponemos ir un poco más hondo, a la esencia de ese desconcierto. Con ese objeto, vamos a comentar una vez más algunos de los intentos legislativos del capitalismo que en este momento tenemos a la vista. Pero antes, no creemos de más advertir, que los análisis parciales de la misma índole que hasta el momento hemos hecho desde estas mismas columnas, poco a poco han sido ampliamente respaldados por la realidad y hasta confirmados abiertamente por los mismos a quienes los opusimos.

Los efectos no son las causas

Federico Engels ha analizado certeramente este fenómeno óptico de los economistas capitalistas, que consiste en un modo invertido de ver las cosas. Hacen de los efectos, causas, y viceversa. Así es como en el caso concreto, todas las leyes que nuestra burguesía ha dado o pretende dar, penetran apenas epidérmicamente el problema, combaten apenas la parte externa del mismo; quieren pues, eliminar los efectos dejando intocada la causa. Se encuentran por ejemplo con que los deudores no pueden pagar, y lo único que se les ocurre es proporcionarles empíricamente la manera de que no paguen. No ven que esa imposibilidad de pago es consecuencia casi exclusivamente de la pauperización creciente de la clase trabajadora. Y ésto puede decirse en general de los economistas burgueses de todas partes. Cuando se han encontrado con una crisis bancaria como la de los Estados Unidos, han hablado hasta por el hueso de la nuca, de "crisis de crédito" y a este aspecto del problema han concretado sus remedios, sin darse cuenta de que debajo de una crisis de crédito hay una crisis de producción; es decir, que debajo de la crisis bancaria está la crisis industrial, la crisis comercial, la crisis agrícola, consecuencias todas directas de la gran crisis del trabajo. Los procedimientos se parecen a los del que para cegar un pantano le echa puñados de polvo encima. El polvo oculta durante algunos minutos la presencia del pantano, pero al cabo de esos minutos se convertirá también en lodo.

Esta misma superficialidad para ver las cosas, explica este otro hecho que es muy importante: que todos los que hasta ahora han opinado en Costa Rica sobre nuestra crisis, la localizan dentro de las fronteras del país. La desvinculan por completo de la crisis mundial. Y sobre esa base, es fácil naturalmente negarle su carácter netamente capitalista, y combatir también nuestras doctrinas.

¡¡Tratemos nosotros entonces en primer término de analizar la crisis económica mundial, de explicar sus causas y su carácter auténticamente capitalista. Veamos luego cómo ha podido esa crisis influir en nuestra vida económica y social. Y por último, ya con esos antecedentes, contemplemos con brevedad las actuaciones legislativas de nuestra burguesía.

La crisis mundial

De la misma manera que el naranjo produce naranjas y el peral produce peras, la organización capitalista de la sociedad produce crisis económicas.

La libertad que este régimen individualista concede a todos los hombres para aumentar su patrimonio por los medios a su alcance, conduce necesariamente a la concentración de la riqueza en pocas manos en el curso de la evolución capitalista, porque esa libertad sólo puede beneficiar a los más poderosos económicamente hablando. Es así como el capitalismo en su infancia comenzó por destruir el pequeño taller del artesano transformándolo primero en la manufactura y luego en la fábrica moderna donde cada hombre no es otra cosa que un esclavo del dueño de la fábrica. Es así también como poco a poco, las pequeñas parcelas de terreno pertenecientes a pequeños propietarios fueron transformándose en el actual latifundio. En países como Costa Rica, de organización económica semi-feudal, ese proceso del desarrollo del capitalismo lo tenemos a la vista. La ruina de los artesanos dueños de pequeños talleres y su absorción por las fábricas, y la desaparición de los pequeños propietarios del suelo arrollados por el gran latifundista, son realidades que las palpamos día a día. Es así como hoy hemos oído de labios de Monseñor Jiménez Ortiz, frases como esta: "el acaparamiento de bienes por unos cuantos ha impedido a través de los tiempos la paz de la familia costarricense". Frase campanuda que estos intelectuales nuestros, divorciados siempre del movimiento ideológico internacional, no se atreverían a pronunciar si no tuvieran a la vista hechos como los que acabamos de enunciar. Ese procedimiento de despojo, tan lógico como fatal en el capitalismo ha debido intensificarse en el transcurso del tiempo hasta alcanzar las proporciones que hoy tiene. ¿Cuántos hombres que ayer no más se creían propietarios, hoy deambulan miserables por los campos del proletariado?

Ese mismo afán tan propio de cada capitalista por aumentar ilimitadamente sus ganancias, ha servido para dar impulso al maquinismo, que es un factor decisivo en el fenómeno que analizamos. Naturalmente, cada capitalista tiene interés en derrotar a su contrincante por medio de la

competencia. La existencia del capitalismo presupone la existencia de una guerra económica feroz, a muerte, cuyos campos de batalla son los mercados. La máquina es la mejor arma que se usa en esa batalla. Una máquina puede hacer el trabajo de cien, doscientos, quinientos hombres, economizando al capitalista el mismo número de salarios, aumentándole a la vez la producción, y permitiéndole en consecuencia VENDER MAS BARATO. Pero el capitalismo está tan bien organizado en eso de la competencia, que con las máquinas ocurre lo siguiente. Supongamos una fábrica de zapatos en un país industrial como los Estados Unidos. Su dueño introduce en ella una máquina y tira doscientos hombres a la calle. Inmediatamente comienzan a vender más barato. Sus competidores se ven obligados para resistir la competencia, a introducir también máquinas o a liquidarse. Si lo primero, tiran hombres a la calle; si lo segundo, lo mismo. Y el fenómeno se internacionaliza luego, como internacional que es el capitalismo. El fabricante inglés compite con el americano, ambos con el francés, todos con el alemán etc.

El resultado es que la máquina comienza a ser introducida en las fábricas de todos los países.

El período de la postguerra ha sido de intensa racionalización. Toda la industria norteamericana, inglesa, francesa, italiana, alemana, etc., lo mismo que la agricultura, se han maquinizado en forma fantástica. El resultado es el siguiente: las máquinas, al desalojar de las fábricas a muchos millones de hombres, han formado el inmenso ejército de los parados. Ahora bien, los hombres sin trabajo hacen competencia a los que lo tienen y el resultado es que los salarios se vienen al suelo por todas partes. Los capitalistas se alegran de este hecho, porque les cuesta menos la mano de obra y creen que pueden aumentar sus ganancias. Pero veamos las consecuencias de todas estas maniobras: el que no gana, no consume; el que gana menos, consume menos. Esta disminución del consumo, tiene que producir un abarrotamiento de mercados, un descenso catastrófico de los precios; inmediatamente después, una ola de quiebras de pequeños comerciantes, y pequeños industriales, que a la vez provocará la quiebra de comerciantes más fuertes y de industriales más fuertes también; a continuación vienen quiebras de Bancos, cracks bursátiles, etc. Es decir, la crisis con todas sus características específicas. Van quedando en pie únicamente los más fuertes, lo que significa un aceleramiento en el desarrollo de la ley de la concentración capitalista.

Nos encontramos entonces en frente del problema de la super-producción relativa, que no consiste en que se produzca más de lo que se necesita, sino en que no se consume lo que se produce, es decir, en que una gran cantidad de hombres se muere de hambre. Y vienen las crueles destrucciones de alimentos para que no bajen los precios de los mismos en los mercados.

El maquinismo es apenas una de las causas de las crisis generales del capitalis-

mo; aunque quizá la más importante. Por sí mismo basta para explicar las crisis, y por eso nos referimos sólo a él.

RESUMEN: el maquinismo es una consecuencia fatal del capitalismo; el maquinismo produce la desocupación; la desocupación produce la disminución del consumo; ésta produce la crisis; la crisis sigue produciendo desocupación y miseria. Entonces: hay crisis porque hay super-producción; hay super-producción porque no hay consumo; no hay consumo porque no hay trabajo; no hay trabajo porque hay crisis. ¿PODRÁ SALIR EL CAPITALISMO DE ESTE CIRCULO VICIOSO?

Nuestra crisis

Lo dicho, naturalmente, se refiere a los países industriales, donde el capitalismo ha alcanzado la plenitud de su desarrollo. ¿Por qué afirmamos entonces que la crisis costarricense es del mismo género de las descritas, siendo Costa Rica un país esencialmente agrícola? Veamos.

Costa Rica no es otra cosa que un eslabón de la cadena de países capitalistas del mundo. La suerte de los países agrícolas y sobre todo de los países pequeños y mal organizados como el nuestro, está directamente mediatizada por la de los grandes países industriales. La producción costarricense, por ejemplo, es consumida casi exclusivamente por las masas trabajadoras de los grandes países industriales (E. E. U. U., Inglaterra, Alemania, Francia, etc.) Son las masas las que consumen. El consumo de las camarillas capitalistas es relativamente pequeño y no pesa grandemente en el consumo de la producción agrícola mundial. Y decimos mundial, porque la producción costarricense debe considerarse en estos estudios como una parte insignificante de esa producción. Sin embargo, con respecto a Costa Rica tenemos que marcar una excepción: dos son los productos que abarcan casi la totalidad de nuestras exportaciones: el café y el banano. Las agriculturas correspondientes a estos dos productos consumen la mayor parte de los braceros del país. Pues bien, el banano ha sufrido directamente las consecuencias de la crisis mundial. Claro, las grandes masas, hoy reducidas a espantosa hambre, no consumen o consumen menos. Pero el café no. El café de Costa Rica, por un privilegio de la Naturaleza es por su calidad el primero del mundo, y en consecuencia es el que consume la aristocracia plutocrática europea. También lo usan para revolverlo con los cafés de mala calidad. Por esas razones, como una excepción en el mundo, el café de Costa Rica ha permanecido al margen de la crisis. Sin embargo, vemos que los cafetaleros, realizando las mismas ganancias que antes, pagan SESENTA Y CINCO céntimos por día a los peones que antes ganaban tres colones. ¿Por qué? Analicemos.

La repercusión de la crisis mundial en los negocios bananeros ha llevado una ruina relativa a las grandes zonas bananeras del país, y millares de trabajadores han quedado como consecuencia de eso desocupados. Cualquiera que haya ido en épocas pasadas a la zona Atlántica y vuelva hoy, notará una inmensa diferencia. Lo que ayer era un tobollino de vida, hoy aparece

quieto, dormido. Esos trabajadores desocupados han emigrado a las zonas cafetaleras y a las ciudades en busca de ocupación. Los cafetaleros y los capitalistas de las ciudades, se han aprovechado de esa abundancia de brazos para bajar los salarios en una forma criminal. El Gobierno y las Municipalidades tampoco se han quedado atrás. No está malo recordar que los trabajadores que todavía permanecían en los bananales no pueden en este momento sacarse un sueldo mayor de un colón diario. ¿Resultados? Que los que no tienen trabajo, no consumen; que el resto de trabajadores sí ocupados, consume dos tercios menos de lo que antes consumía porque esa es la proporción en que han bajado los salarios. Naturalmente, eso ha repercutido primeramente en el comercio y en las pequeñas industrias y sobre todo en los artesanos que todavía existían en abundancia en el país. Vino la ola de quiebras que desde luego, ha llevado sus consecuencias a todas las esferas de la vida económica del país. ¿Cuántas personas y cuántas instituciones que parecían poderosas económicamente han quedado reducidas a la miseria? Esta es la primera fase de nuestra crisis. De ella se derivan dos más de enorme importancia: la desconfianza de nuestros cobardes y avarientos capitalistas, y la crisis fiscal. Naturalmente, ese primer manotazo de la crisis llenó de miedo a los acaparadores del oro, quienes lo escondieron provocando así una nueva paralización de la vida económica del país. Como consecuencia de todo, han disminuido enormemente las entradas por impuestos, por aduanas, etc., del Estado y de las Municipalidades. Y en un país como el nuestro donde una inmensa cantidad de gentes viven del presupuesto, los resultados de esa crisis fiscal se han hecho sentir intensamente. Las mayores dificultades del Estado se deben a que el CAPITALISMO DE WALL STREET absorbe casi la mitad de todas las entradas fiscales, en pago de intereses y amortizaciones de empréstitos que sólo sirvieron para que unos cuantos vivos se enriquecieran.

Nuestra crisis cuenta pues con un factor inicial poderoso de carácter internacional. Los otros factores, perfectamente ajustados a la lógica del capitalismo, si pueden localizarse dentro de nuestras fronteras. Son ellos, la avaricia de nuestros capitalistas, su afán desmedido de ganar, su cobardía.

Soluciones:

Definitivas, no las hay. Para terminar con las crisis hay que terminar con el capitalismo. Transitorias, y muy transitorias, sí podría haberlas; ¿pero cuáles podrían ser? Pues aquellas que combatan de manera cierta y directa los factores de carácter nacional enunciados. Leyes enderezadas exclusivamente contra los grandes capitales, podrían producir buenas soluciones transitorias. Por ejemplo, la legislación propuesta por el Partido Comunista hace unos cuantos meses y archivada por los capitalistas y sus aliados los reformistas, consistente en dos leyes: una de salario mínimo y otra de ayuda a los desocupados. La Ley de Salario Mínimo, al impedir que a un trabajador se le pague menos de lo que necesita para vivir, afecta únicamente a los capitalistas que explotan hombres y le-

(Pasa a la Cuarta Página)